

mentales: la *conciencia de la inferioridad* y el *sentimiento de comunidad*, o sea la conciencia social del hombre. Es el primero el que da origen a la «tendencia de valorarse» que fué interpretada en Francia como una especie de sustituto de la *libido* freudiana, y que se traduce por el «instinto de dominación», lo que en realidad no es. Se ve aquí cómo la psicología adleriana fué mal comprendida en Francia; y si se habla de «un complejo de inferioridad y de superioridad que nos viene de América» (Paul Janet), se adopta la forma americana de la psicología adleriana que ha tenido un gran éxito en Estados Unidos, y se ignora completamente el origen verdadero de dicha idea.

La queja de Brachfeld no puede ser más justificada. Se ha ignorado durante mucho tiempo la fuerte personalidad de Adler, que merece el interés de todos los estudiosos. Pero Adler no es sólo un neurópata y un psicólogo, es algo más: un espíritu filosófico perpetuamente preocupado por todas las interrogantes espirituales, en trance constante de renovación:

Después de haber dejado inconclusa su teoría de las insuficiencias orgánicas—la que fué continuada por otros como Bauer, Krehl, etc.—, Adler se consagró por completo a la psicología, es decir a la exploración de la naturaleza y del alma humana. Llegó, poco a poco, a una especie de «imperativos categóricos» que la estricta lógica vital de Kant nos impuso a todos: cada hombre tiene para resolver tres problemas capitales en la vida: problemas de los que la solución o la no solución nos sirven de puntos de referencia preciosos para el estudio del carácter, y que, no resueltos, pro-

vocan cierto desequilibrio en la personalidad humana. Estos problemas son: el de las relaciones del yo con el no-yo (es decir, de las relaciones más contigo, pudiera decirse), y por lo tanto con la sociedad que nos rodea: es el problema social; el problema de nuestras ocupaciones diarias, de nuestra profesión, y por fin la cuestión sexual para la cual, según Adler, no hay otra solución que el matrimonio.

Por haber formulado estos tres problemas capitales de la vida humana desde un punto de vista individual, pero más aun desde un punto de vista social—los tres problemas son otras tantas cuestiones sociales—, se llevó el desprecio y el ataque de sus colegas vieneses, dominados por las ideas que Freud acababa de emitir.

Pero no es un espíritu que debe quedar a la sombra del creador de la psicoanálisis. Espíritu puramente empírico y práctico, no se ha negado jamás a corregir y modificar sus teorías según lo que la realidad le presentaba; espíritu el menos dogmático, no quiere sino curar, aportar socorros a los que sufren y calmar las fiebres y las neurosis de nuestra vida».

KEYSERLING Y EUROPA.

En una nota no exenta de humorismo, Jean Guéhenno se refiere al conde Keyserling, en el número de Septiembre pasado de *Europe*, una de las mejores revistas de cultura francesa de la actualidad, influenciada abiertamente por el capital y por la mentalidad judía. Nuestro conocido y pintoresco filósofo viajero, es tratado en forma irónica y estrecha por el comentarista francés:

La unidad de Europa que M.

Keyserling proclamara es muy especial. Maravilla ver los esfuerzos que hace para salvaguardar dentro de esta unidad la diversidad esencial de los pueblos que la componen.

Más adelante agrega:

Me sorprendí de no encontrar en este ballet de pueblos a Rusia, danzarines famosos. Terminé por encontrar la explicación. Es que a

nuestro mago (Keyserling) no le agradan los rusos. Afirma que pertenecen a Oriente y que su ética es una «ética de criminales».

Como puede verse la crónica citada sólo muestra la incompreensión pintoresca del cronista francés, apresurado en sus juicios y falto de capacidad verdadera en sus reflexiones.—*Ariel*.